

Mi Italia (apuntes inéditos) ()*

Joaquín ARCE (1923-1982)
Universidad Complutense de Madrid

No soy sociólogo, ni psicólogo, ni filósofo. La historia con tantas cosas que recordar me abruma. Soy conocedor, aunque limitado, de literatura. Y amo la palabra, el habla, la conversación. Soy filólogo, modesto, pero filólogo. Amor a la palabra, a su significado, a su expresión. A sus manifestaciones literarias y a sus manifestaciones vitales. Vida, palabra, literatura: éstas son mis tres pasiones. Fuera de ellas no sé intentar otra valoración. ¿Y política? Sí, claro, también. No en cuanto profesión, no en

(*) Lo que a continuación se publica son las cuartillas manuscritas que he encontrado entre los papeles de la biblioteca de mi padre: una hoja de cuaderno a cuadros deteriorada en sus bordes, un folio en blanco, gastado por sus dobleces excesivos a tamaño de media cuartilla, y una ficha aprovechada por uno de sus lados. No sé ni dónde ni cuándo fueron escritas, pero en ellas se recogen las impresiones vividas y sentidas por su autor a lo largo de siete u ocho años de vida italiana. En enero de 1949 Joaquín Arce fue uno de los «tres mosqueteros» —así se llamaban entre ellos— a los que les fue asignado reanudar los lectorados de español en Italia desaparecidos con las guerras —la civil y la europea—: a los veinticinco años, un licenciado asturiano de la España franquista, llegó a Bolonia —centro de la Italia comunista—; después de un curso académico, pasó cinco años en Cagliari —llena de huellas españolas— y, finalmente, dos en Florencia, donde compartió tertulia en el *Paszowski* con los críticos herméticos más emblemáticos de la Italia intelectual de los cincuenta. También hubo otras ciudades: Roma, Venecia, Nápoles..., pero, sobre todo, amigos entrañables que le ayudaron a soportar la tremenda soledad de quien está lejos de los suyos.

Me he atrevido a presentar estas notas inéditas —con su redacción provisional, tachaduras o puntos suspensivos (que he indicado entre corchetes)— porque estoy convencida de que mi padre hubiera querido estar presente en este Homenaje a Ángel —homenaje al amigo de tantos años y hermanados hasta en la muerte prematura— con el recuerdo de un país que fue decisivo para ambos en su dedicación al italianismo. (Ángeles Arce.)

cuanto trampolín de intereses egoistas. Pero sí en cuanto vida, en cuanto palabra, en cuanto puede condicionar —positiva o negativamente— [la] literatura.

No puedo valorar el ser italiano, la cultura de Italia, la historia. La historia me abruma con su peso macizo. Mi memoria paupérrima no resiste la indigestión de datos. Pero sí puedo intentar comprender, penetrar la vida de Italia por sus palabras, por su lengua. Porque la lengua italiana la sé, la hablo, la escribo; puedo pensar en ella (o mejor, con ella), puedo amar en o con ella, puedo soñar —y de hecho sueño— en ella, en otra textura mental muy semejante, es cierto, pero distinta.

Bolonia, Cagliari y su contorno sardo —isleño— (con un paréntesis en Nápoles) y Florencia. Por estas ciudades paseé mi soledad. Pasé los años centrales de mi vida. Años decisivos. Como buen hispano, no tuve maestros. No los había tenido en España. No pude tenerlos en Italia, donde tuve que ser, fingir, aparentar, ser maestro.

En Italia aprendí qué es la libertad. Aprendí a pensar entre personas distintas. Y aprendí a ver que nuestra verdad, la pequeña verdad de cada uno, necesita de las verdades de los demás, para integrar la propia, para perfeccionarla, o para limarla, corregirla y afinarla. Ser demócrata es amar al prójimo. Es renunciar a ser siempre uno, para ser también «otro», es humildad: reconocer nuestro límite, el límite de ser aislado. Es evitar el gran pecado, el satánico pecado de la soberbia, el creerse perfecto, el creerse siempre con la razón.

Hablar italiano, sentir o soñar en italiano, es poseer una lengua en la que predomina el adjetivo «*bello*», en la que sustituye a menudo a «*buono*»; una lengua que repugna la muerte y la sangre, que suaviza la muerte con tal de no pronunciarla. Una lengua que no posee la palabra «*hombría*», una lengua, una cultura que es radicalmente femenina, que se impuso al mundo en la postguerra exportando modas y belleza succulenta de mujer.

[...]

Si quisiera calificar de algún modo la ciudad de Nápoles, me atrevería a decir que es antielogante. Nada de la refinada elegancia en modas femeninas que caracterizan a las ciudades norteañas más vertidas hacia París —Bolonia o, más aún, Turín— encontramos en Nápoles. Pero, entiéndase bien, que con ese adjetivo trato tan sólo de clasificar o de calificar, en ningún modo de menospreciar.

Las ciudades, como los hombres o las naciones, son como son y el penetrar precisamente en esa intimidad particularísima o intransferible constituye precisamente la mejor fuente de belleza o de goce para el turista o curioso.

Nápoles es la ciudad de la algarabía y de la confusión, de lo pintoresco y multiforme, de la charlatanería y la pesadez de maleteros, vendedores ambulantes o mozos de hotel o cicerones imperturbables ante nuestras negativas o indiferencia. Confusión e indisciplina del napolitano, de gestos descompuestos e inarmónicos, que habla el italiano tremendamente mal, pero que, con todo, es alegre y bonachón y trata de ser simpático y agradable al extranjero.

Colorido tumultuario en las calles con sus vendedoras que hacen ostentación sin pudor de las ropas íntimas colgadas, de las mercancías que venden hasta en el verano de su propia intimidad, durmiendo en la calle, conversando en la calle, cortejando en la calle o encendiendo, en el invierno, hogueras en plena calle para calentarse y poner una nota más de color, de fuerza desatada e incontrolable en medio de la calle.

Ciudad del color y del ruido, con sus organillos pueblerinos, sus pobres que continuamente te asaltan, los latigazos de los que van en carros haciendo crujir en el medio de la carretera, el cascabeleo de los caballos que llevan sobre la cabeza un adorno metálico que aumenta la obsesión por lo ruidoso y expansivo.

Hay ciudades profundas, difíciles de captar en su intimidad, que hacen soñar o meditar. Nápoles, no; Nápoles es superficial, puramente epidérmica. Diríase casi que, contagiada por el Vesubio que la domina, es una ciudad volcánica, eruptiva, que vierte al exterior toda su vitalidad burbujeante y tumultuosa. No una sola nota de color, sino un abigarramiento confuso. No una melodía única que podría ser el sentimentalismo contagioso de las dulces canciones napolitanas, sino lo ruidoso y exacerbado, lo que entra por los ojos y oídos a manos llenas, a trompicones. Nunca una nota de elegancia, de clasicismo, de equilibrio; siempre la belleza de lo desordenado, la belleza de la tempestad o del motín, hechos paz y dulzura, convertidos en el pan nuestro de cada día.

Por eso he dicho que Nápoles es antielegante, porque no existe armonía de proporciones, ni de color, ni de vida, ni de gestos. Pero así como es, Nápoles —o, por lo menos, mi Nápoles— es encantadora y sugestiva.

[...]

Mi Dante y mi Miguel Ángel; mi Tasso, Ungaretti-Rea-Montale-Gatto; Macrí-Contini-Migliorini-Devoto; Dottor Venturi-la viuda-Amoroso-Nanni-Nino; Burrel-Ángel-Félix... Y Pepe, poeta cubano; y la chica que iba a casarse sin billete de tren. Y la casa de D'Annunzio y el lago de Garda, hosco y feroz...

[...]

Venecia tiene una belleza vibrátil. Todo en ella vibra: vibra el agua, la luz, las góndolas; hasta parece vibrar el suelo ondulado de la catedral de San Marcos. Vibra el denso fluir de la gente en torno a la Plaza de San Marcos, vibra el muelle flotante de los embarcaderos. Contemplar asomado desde la galería del Palacio Ducal el embarcadero de San Marcos.

[...]

La Italia vivida, penetrada vitalmente en soledad y angustia, antes que interpretada... No sé si así es Italia pero, en mi interior más visceral, así siento que es mi Italia.